

Ricardo Castillo

Ni siquiera el tiempo

Para Gustavo Aceves

Cabalmente ausentes, las pestañas relajadas aún, se abren involuntarias al color. Otra vez despierto y no amanece. De la otra orilla ráfagas alcanzan a descubrir los ojos, poco antes de atestiguar su desaparición. Lo furtivo muestra su escala; los contornos, los relieves, los volúmenes del orbe tallan y pulen su fuselaje de espejos y en una sustancia penumbrosa se sostienen, casi velados, los pilares de la luz. En qué punto pasa un sueño a serlo, hasta dónde reconocer como realidad, de irónicas aritméticas, la tibia masa de los propios miembros. Hasta dónde complacerse con la idea de que soy yo quien me talla los ojos, que era yo el que dormía y ahora es el que despierta y no amanece.

Pero veamos. Es la madrugada de un viernes de septiembre, San José de la Montaña. *Ni siquiera el tiempo*. Prefiero que el título más que nombrar vibre en la sintonía de los dibujos. *La otra orilla*, no asocio el clima con la geografía, ni la penumbra con la noche. *Nunca llueve*. Dar una pista, pero despistando. Que las frases tengan color, un raro parentesco con el espacio, eso sí. *Ni siquiera el tiempo*. La otra noche me emborraché con el poeta. Escribe el texto, una especie de conversación o monólogo, no sé. Mira, pregunta y escucha. Sobre todo escucha ...Un dibujo antes fue muchos dibujos, diversos momentos que se funden en uno solo... Sí, de la penumbra si me interesa hablar, la conozco; ahora mismo la veo entrar por la ventana y deja presentir

Ricardo Castillo nació en Guadalajara en 1954.
Ha publicado los libros *El pobrecito señor X*, (FCE, 1980), *La oruga* (FCE, 1980),
Concierto en vivo (Universidad de San Nicolás de Hidalgo, 1982),
Como agua al regresar (Penélope, 1983) y
Nicolás el camaleón (Ediciones Toledo, 1990).
Algunas de las revistas donde ha publicado son:
Nexos, *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, *Universidad de México*,
Vuelta, *Plural* y *Revista del INBA*.

Monólogos y tragos con el azul carbón sobre la enamorable testa. No hablo de los metros de una finca. Hablo del espacio. La posibilidad de mear entre árboles, en el centro de la noche, y advertir en el cielo una respiración inusitada. Los sueños como posibilidad de biografía. Me llenaría expresar un destilado de mi pasión, un líquido fermento que haga charco y refleje sus imágenes inasibles. Vivir y dibujar puede ser un hábito. Pero cuando existe fascinación ante el juego de espejos, ese hábito no existe. Veo en el material, en el dibujo, a cierta pieza maestra de mi intriga ante la vida. No necesariamente dibujo lo que vivo y sí llega a suceder que vivo cosas que dibujo. Señales de pasadas mañanas. Ni muertas las entrañas se dejan de tener. A la inquietud se debe mi espíritu. Al hueso y a la carne también. La quietud le suena a pleonasmó. Así bajó Cristo de la cruz. Con un drama cuya paz capitular no es sinónimo de final feliz ni triste final.

"Come chokolatinas, pequeña". Es bueno encontrarse con Alvaro de Campos en el comedor. Saber que al menos uno de los Borges está en el taller o en la cantinita, que Beckett o Cioran, alguno de esos, han pasado al excusado. "Come chokolatinas". De un cuadro me interesa ver cómo se armó, el entramado, el sentido de las pinceladas, cómo se movió, qué hizo la mano. Desde dónde lo vio el pintor. La colocación. Sin colocación no hay voz. Cada quien sigue aquello que lo llama. La voz interna que indica el talante. Soy el que he sido y estudio al que seré. Es natural que me sienta un pintor tardío. No son tiempos de estéticas válidas o vanguardismos envidiables. Vivimos en tiempos esquizofrénicos, de creaciones al revés. Así, tomo de las épocas lo que hago mío. "Lo que no es tradición es plagio". Estos años han sido el rastreo de esa diferencia. Quizás su descubrimiento es lo que me ha hecho suponer lo lento del oficio. El fuselaje, no el fusilaje. Hay cosas que no se ven si no se hacen. Pienso en Rembrandt y saludo a Alechinsky. Una hermosa prerrogativa de ser pintor es mirar con determinados ojos. El dibujo como un tratado, como una partida de ajedrez; el amor a la obsesión por las infinitas variantes. Sospecho de lo novedoso. Creo que hay una estética del crepúsculo a la que intento llegar por un camino propio. Si hablara de los renacentistas sólo sería para coger más vuelo. El pintor es tardío, pero se levanta temprano. Y no es la búsqueda de originalidad lo que me levanta. Me rehusó a jugar al joven talentoso, sobre todo en un lugar donde la juventud es un concepto tan longevo que dura según los viejos mueren. No, los contemporáneos fueron otros. O son todos. La toronja salió dulcísima. Rosada. Ahora, Dollar Brandt, otro café y subo al taller.

Ya en las escaleras pienso en el Cristo con una mujer adúltera. Ahí hay espacio. Entre las cosas que más empiezo a mirar en un cuadro es

Para Boris Viskin

¿Dónde andarán, dónde estarán mis lentes? tal vez aquí atrás había una escalera. O un barco que se hundía. Que interés. Siempre habrá cosas que no vienen al caso. No importa. No hay caso. O el caso es que todas las sombras en la tela, aquellos espectros en el aire de la imagen, son lo que está ahí desde hace mucho tiempo. Busco imágenes que sean lo que son. No las interrogo, voy detrás de ellas. Desde hace tiempo uno se da cuenta que cada cosa tiene sus fantasmas, sus caligrafías y se acaba viendo que todas las cosas están rodeadas de imágenes que no llegan a tener un nombre. Dónde estarán, dónde estarán mis lentes. Requiero un corazón que no piense en términos abstractos o figurativos. No sé, por supuesto que no sé, pero quiero que la tela tenga aire y el aire el aire de los pensamientos desconectados, el aire diluido y pertinaz de la mirada entregada al extravío. Mi habilidad requiere el consejo del ángel de la torpeza, miope y autista. Espero poder despreocuparme de si el espacio será reconocible y el niño inteligente. Después de todo sólo los errores me han llevado por la ruta. Dónde estarán. Cómo es que apareció el frágil sujeto que defeca en el centro de la vastedad, dando la espalda al camino. ¿Por qué nunca cabe todo el tiempo en el cuadro? A dónde va el barco como larva negra a punto de nacer y provocar sombras en el océano encendido. A lo mejor era ahí donde estaba la escalera y ahora hay un rostro donde antes estuvo la puerta del baño. O era detrás de la ropa de la mujer desnuda que había otras arcadas, otros umbrales. En realidad todo fue y será solamente las vueltas en la rueda de la imagen. Vivir y devivir. Pintar y despintar. Desdibujo, deslavo, desleo. Me gusta que parezca que el tiempo se ha ido orinando en el lienzo. Ambientes que me hagan dudar de las referencias del entorno. Los objetos llaman mi atención porque saben estar callados. Son el pensamiento mismo pero sin el requisito de la elocuencia. Me agrada la sensación de mareo, de barco, de horizonte a pique, sin balance, sin equilibrio, sin lugar. A veces la composición se equilibra por tener una parte de cabeza. A veces la imagen es algo, una desmemoria, que no se alcanzó a fijar. Solicito unión sin fórmulas ni garantías, un sentimiento de no importa qué es, quién lo hizo. Otra manera de ser la silla, el puente más allá del cuadro, el resumidero. Uno a veces nada más se siente una amorfa masa de sueños y cosas. De imágenes sin historia. ¿Serán mis lentes?.